



Piezas sueltas

El juego infinito de crear

LIT-
ERA

Priscilla Vela
Mercedes Herrán

Índice

5	Prólogo de Ferran Adrià
7	Introducción
12	Capítulo 1 ¿Qué son las piezas sueltas?
28	Capítulo 2 Comenzamos la búsqueda: recolectar, adaptar y almacenar
52	Capítulo 3 Una colección de piezas sueltas
82	Capítulo 4 Preparando el juego
98	Capítulo 5 ¿Recordáis cómo jugar?
114	Capítulo 6 Perderle el miedo al caos
126	Capítulo 7 Cómo crear una provocación de la nada
158	Capítulo 8 Integrar las piezas sueltas en cada etapa de crianza
178	Capítulo 9 Piezas sueltas en educación

© del texto: Priscilla Vela

© de las imágenes: Mercedes Herrán

© de la edición:
Litera libros, 2019
C/ Sant Josep 45
46550 Albuixech
www.literalibros.com

Maquetación: Ortogràfic

Corrección: Ana Valero

Impresión: Gràfiques Vimar

ISBN: 978-84-948439-9-0
Depósito legal: V-943-2019
Impreso en España

196	Capítulo 10
	Ejemplos de provocaciones con piezas sueltas y sus procesos
200	Caleidoscopio
206	Terráqueos
212	La ciudad de plástico
218	Explosión de papel
224	Colores líquidos
230	Habitando espacios urbanos
236	Escenarios imaginarios
242	El ovni
248	Caminos
254	El laberinto
260	La batería de cristal
266	Edificios reciclados
272	Laboratorio de sabores
278	XXL
284	Los chatarreros
290	Capítulo 11
	Preguntas Frecuentes
299	Conclusión
300	Agradecimientos infinitos
302	Bibliografía

Prólogo

Aunque parezca que no pueda haber relación entre la cocina y el juego, de hecho, este último no es en absoluto ajeno a nuestro oficio o, cuanto menos, a una cierta manera de entender nuestro oficio. Sin ir más lejos, se me ocurre que Juan Mari Arzak siempre dice que sigue sintiéndose un niño, hasta este punto para él la cocina es tan estimulante como un juego.

Nosotros mismos ya utilizamos el juego para que el comensal experimentara con él. En una receta de 1996, *El plato de las especias*, servíamos a la mesa una gelatina de manzana en un plato redondo, sobre la cual, en el lugar de las horas de un reloj imaginario, habíamos colocado doce especias diferentes. Junto al plato llevábamos a la mesa un cuadernillo en el que aparecían descritas las doce especias... sin especificar su orden. Así, cada mesa abordaba el plato en cuestión como mejor le placía: apostando, analizando cada especia, jugando a adivinar...

En aquella época estábamos investigando con lo que denominamos el sexto sentido, que no era otra cosa que introducir en un plato ingredientes que no fueran tangibles, comestibles, pero que sumaran sugerencias al resultado final: el juego, desde luego, pero también la sorpresa, la provocación, la ironía, la memoria de la infancia... En algunos casos como en este reloj de las especias, la experiencia no sensorial (el juego mismo) era tanto o más importante como los estímulos gustativos.

El juego es fundamental para imaginar, que es un primer paso o una de las puertas de entrada a la creación. Utilizarlo como herramienta para crear es regresar a un estadio en el que uno está limpio de prejuicios, conserva la frescura de la niñez. Y lo curioso es que, siendo conscientes de la importancia del juego, conocer este libro maravilloso ha sido como si se nos hubiera encendido una bombilla: entre las iniciativas que estamos llevando a cabo desde hace unos años en torno al conocimiento y la innovación, se encuentra un glosario que debe ayudarnos a profundizar en todo este mundo apasionante, pues leyendo este trabajo fantástico de Priscilla Vela hemos caído en la cuenta de que, junto a

términos como crear, innovar, imaginar, decidir, organizar, descubrir, analizar y percibir, nos faltaba esta palabra que, la experiencia nos lo demuestra, ha sido tan importante en nuestra trayectoria: jugar.

¿Acaso lo damos tanto por sentado que no nos habíamos percatado? En realidad, el juego merece una profundización cuanto menos tan importante como los términos que acabo de citar. Es más, diría que, para ser fieles a lo que nos ha caracterizado a lo largo de nuestra carrera, el juego tiene que ser un faro, un recurso continuo, una actitud, en definitiva. Y este es uno de los valores, entre otros muchos, de este libro espléndido con el que la autora nos seduce, nos encanta y nos hace jugar y con el que el lector descubrirá de qué modo el juego es una de las puertas principales y más excitantes para crear.

Priscilla, muchas gracias por abrirnos esta puerta.

Ferran Adrià

Introducción

¡Hola! Me llamo Priscilla y soy la voz que vais a leer durante el libro.

Toda mi vida he estado secretamente obsesionada con no olvidarme de jugar. Y toda la vida me he sentido rara por ello. Muy rara. Extraterrestre.

Crecí jugando, rodeada de naturaleza. De mayor quería ser «asistenta» y «analfabeta» porque, según mi abuela, eso era lo que me pasaría si no iba al colegio y yo estaba convencidísima de que no quería ir. Mi madre, una mujer muy artística y adelantada a su tiempo, me dio una grandísima libertad creativa desde que era muy muy pequeña: me enseñó a hacer todo tipo de cosas con las manos; desde que recuerdo, tuve a mi alcance todo tipo de materiales «de verdad». Pero al parecer yo tenía un talento con el que ella no me podía guiar: la música me hipnotizaba desde que nací y a medida que crecía iba rodeándome de ella allá donde fuera. Muy a mi pesar, a mis cinco años, nos mudamos a Madrid, empecé a ir al cole y a clases de solfeo... A partir de ahí todo fue desencadenando inevitablemente en una carrera de élite que implicaba muchísima disciplina, millones de horas de perfeccionamiento y una competitividad brutal. A los quince años ya estaba en una escuela de alto rendimiento; a los dieciocho vivía sola, con una beca, en Londres, y a los veintitrés conseguí el trabajo que siempre había soñado: una orquesta sinfónica. Tenía una vida increíble, estaba en España de nuevo, viajaba muchísimo, era independiente y ganaba dinero haciendo lo que más me gustaba en el mundo.

Paradójicamente, enseguida dejé de jugar con la música. La profesión que había elegido implicaba un perfeccionismo casi enfermizo que solamente dejaba espacio para la creatividad cuando toda la técnica estaba absolutamente bajo control. Poder llegar a ese punto de libertad llevaba meses de trabajo y casi nunca disponía de ellos.

Pero sin darme cuenta, todo el tiempo había estado llevando una doble vida. Mi obsesión por no olvidarme de jugar equilibraba la balanza y, cuando no estaba tocando, todo lo que hacía era jugar y crear: pintaba, interactuaba con la naturaleza, cocinaba, hacía cosas con las manos, jugaba con el espacio decorando habitaciones, leía e investigaba muchísimo sobre temas aparentemente dispares que me producían

curiosidad, experimentaba con cosas que me llamaban la atención, organizaba unas fiestas temáticas geniales donde cuidaba cada detalle del entorno... Estas aficiones, mis «100 lenguajes», habían sobrevivido desde mi infancia y habían ido evolucionando de forma natural, pero para mí esto nunca ha sido una pérdida de tiempo, sino una necesidad vital: si no lo hago, no estoy bien.

Cuando me convertí en madre, todo explotó como el *big bang*. Se dio la vuelta, literalmente: lo que llevaba adentro salió hacia afuera. Junto con Bichillo, emergieron al mundo físico otras cosas que se debían de haber estado gestando en mi interior durante muchísimos años. Toda esta bomba la viví en medio de un exilio voluntario –por amor–, en un invierno que parecía eterno, sin tribu, sin hablar el idioma. Fue durísimo y, al mismo tiempo, de una belleza sublime. Bichillo era una bebé extremadamente exigente que no me dejaba hacer absolutamente nada. Mi vida se paró en seco. Silencio total... Solo podía oír a Bichillo llorar en bucle y creí que me estaba volviendo loca. Para evitarlo, me centré en descifrar qué le pasaba, qué *nos* pasaba... y así desaprendí todo lo que *creía que sabía* sobre los bebés y los niños. Comencé a confiar ciegamente en mis instintos, en lo que veía, escuchaba y sentía yo, no en lo que me decían... Desde ahí leía, buscaba información, contrastaba y lo experimentábamos hasta que encontrábamos nuestra forma propia de funcionar.

Estos primeros meses fueron tan reveladores que decidí empezar un blog para compartir lo que iba descubriendo con otras mamás que estuvieran en una situación similar a la mía y no encontraran la información. Lo llamé «Mamá Extraterrestre», no podría haber tenido otro nombre. El blog creció a la par que Bichillo y sus contenidos encontraron su epicentro en el juego y la creatividad. Como siempre he sido extremadamente curiosa, seguía leyendo muchísimo, buscando respuestas y nombrando cosas que yo intuía que debían existir. Así, fui interiorizando y aplicando en casa, a mi manera, lo que me inspiraba de Montessori, Pikler, Waldorf, Reggio Emilia, Summerhill, Stern y Rebecca Wild, entre muchos otros.

Un día, investigando sobre los minimundos y el material de juego no estructurado, llegué a un texto universitario en inglés de un tal Nicholson. Se llamaba la teoría de piezas sueltas y formaba parte de un curso de diseño y arquitectura. Me explotó la cabeza al leerlo... La teoría ponía bajo un mismo techo muchísimas de las ideas locas que habíamos estado probando en casa, a la par que abrazaba muchos de los conceptos

pedagógicos que había estado aprendiendo en los últimos meses. Sobre todo, resonaba con Reggio Emilia, una filosofía pedagógica de Italia basada en las relaciones y el arte que me tiene enamorada. Más que una teoría era una utopía que comenzaba revisando nuestra mirada hacia la infancia. Decidí traducirla al castellano para hacerla accesible al mundo hispanohablante, contacté con varios fabricantes internacionales de juguetes de fin abierto para pedir su colaboración (podéis ver muchas de sus piezas sueltas a lo largo del libro y salen luego todos en los agradecimientos) y escribí una serie de *posts* desarrollando el tema. Así comenzó el proyecto #piezassueltas en el blog y redes sociales.

Paralelamente a todo esto, nos volvimos a vivir a España, donde retomé el tiempo perdido con mi amiga Merche, quien casualmente se había convertido en mamá al mismo tiempo. Martín y Bichillo se llevan tres meses exactos. Con ella había ido compartiendo desde el principio todas estas inquietudes sobre lo que nos estaba transformando la maternidad, habíamos estado experimentando prácticamente las mismas cosas con los peques en la distancia y teníamos ansia de juntarnos para jugar todos juntos. Enseguida empezamos a quedar para hacer sesiones de juego. Merche, fotógrafa por vocación, solía traerse la cámara. Sin darnos cuenta, documentábamos todo y nuestra mirada se iba educando a medida que aprendíamos a observar los procesos.

Empezamos a hacer colaboraciones en el blog y a quedar asiduamente, creando una especie de «santuario del juego» que los peques esperaban con ilusión. Las propuestas empezaron a evolucionar muy rápido, las piezas sueltas se hicieron imprescindibles, cada vez teníamos más ideas y más ganas, cada vez aprendíamos más. Además, Merche es historiadora del arte y, de alguna forma, nuestros lenguajes abstractos se complementan de una forma espectacular, siempre son más que la suma de las partes: aprendemos muchísimo juntas. Enseguida descubrimos que nos habíamos vuelto adictas a preparar sesiones de juego porque nos convertíamos en niñas de nuevo y jugando se nos recargaban las pilas creativas. ¡¡¡Habíamos encontrado el secreto de la eterna juventud!!!

En pocos meses jugando, investigando y documentando a Bichillo y a Martín habíamos llegado a muchísimas conclusiones sobre las piezas sueltas, habíamos enlazado muchísima información y habíamos encontrado infinitas formas de jugar, habíamos conectado con algo muy potente que nos había revolucionado la vida... La pelota se había hecho enorme, así que le preguntamos al universo si quizás teníamos

que «jugar a hacer un libro» con todo eso que habíamos aprendido. La respuesta llegó a los pocos días de forma contundente y en unos pocos meses todo estaba ya en papel.

Lo que tenéis ahora mismo en las manos es la punta del iceberg. *Piezas sueltas* es el resultado de lo que hemos sido toda la vida: alquimistas, creadoras, hacedoras, inventoras de juegos, investigadoras, buscadoras de belleza y luz y, sobre todo, niñas.

Piezas sueltas es un libro de fin abierto, un inicio, un *reset*, una puerta, una herramienta... Y, sobre todo, una provocación al juego, a la experimentación y a la creatividad para que cada uno reaccione a ella como su niño interior le dicte.

Ojalá os haga volver a jugar, ojalá os devuelva la creatividad perdida, ojalá os haga a todos eternamente jóvenes...

Yo soy Merche y seré vuestros ojos a lo largo del libro.

Desde que soy capaz de recordar, he buscado otras formas de expresarme y de comunicarme con los demás. Soy disléxica y siempre he sentido la necesidad de sintetizar y aislar las cosas para poder entenderlas.

Desde pequeña he estado en contacto con cámaras fotográficas, proyectores de diapositivas y fotografías en papel porque mis dos abuelos y mi padre estaban obsesionados con el mundo de la fotografía. Con trece años supe que yo también necesitaba una cámara de fotos. Estaba en una casa de una amiga en Ibiza, me impactó tanto la isla y debí de ponerme tan plasta que al día siguiente sus padres me compraron una cámara de usar y tirar. Necesitaba retener de alguna forma todo lo que estaba viviendo. Al poco tiempo, mis padres me regalaron mi primera cámara de fotos. Le pedí a mi madre que tomara la primera foto: quería tener una foto de mi cara para no olvidar nunca esa sensación de felicidad máxima.

Empecé a familiarizarme con la luz, los colores, las formas y los volúmenes. Así descubrí mi lenguaje, mi medio. Dicen que soy directa y contundente y yo creo que soy tal y como fotógrafo: necesito despejar todo lo que me molesta para quedarme con la esencia.

Siempre me han interesado los niños y creo que me relaciono mejor con ellos que con los adultos. Con ellos no hace falta hablar, solo estar y

ser. A través del juego y la mirada, conversamos, nos relacionamos. Por esa razón nunca tuve miedo a ser madre, sabía que era una experiencia que quería vivir y disfrutar. Sí es cierto que la maternidad supuso un gran impacto; me habían contado, había leído, pero... no hay nada comparable a vivirlo en persona.

Quería hablar de ello en mis fotos y empecé a fotografiar bodegones y paisajes intimistas en miniatura, pero, en cuanto Martín notaba que ponía toda la energía en otra parte, venía rápidamente a involucrarse de alguna forma, así que empecé a introducirlo en mis fotos, a capturar sus juegos.

A través del objetivo, me empecé a fascinar con el proceso de cómo aprendemos a mover las manos. Tardamos más de tres años en tener un control absoluto de nuestros dedos, ha sido alucinante observar en Martín la cantidad de mecanismos que hacen falta para controlar nuestros movimientos. Los adultos lo damos por hecho, toda esta información nos pasa desapercibida. El padre de Martín, como buen baterista, marca ritmos con los dedos todo el rato y el día que por fin Martín lo pudo imitar, su cara de «Lo he conseguido» fue un poema; nos reímos un montón. Martín, además, siempre se ha interesado mucho por las cosas plásticas y sensoriales. Si algo he aprendido con él es que, si observas al niño y le das material acorde a sus gustos y preferencias, seguramente le ayudes a abrir su caja de Pandora.

La primera vez que leí la teoría de piezas sueltas pensé «¡Guau, qué grandioso!». No tardé en entender que toda mi vida, todo mi universo estaban hechos y comprendidos a través de mis propias piezas sueltas. Por eso, cuando Priscilla me propuso colaborar, me tiré de cabeza al proyecto. Ha sido un disfrute y un aprendizaje continuos para nosotras y para nuestros hijos y, aunque también ha sido duro, ha merecido la pena. Este libro es la forma de compartir mi mirada hacia la infancia y la creatividad.

Si estás leyendo esto es porque de alguna manera las piezas sueltas han llegado a ti. Te invito a que alces la vista en este instante y observes lo que tienes alrededor. Busca las piezas sueltas. Cuando termines el libro, acuérdate de volver a hacer lo mismo. A ver cuántas piezas sueltas eres capaz de ver entonces...

¡Bienvenido al universo de las piezas sueltas!
Disfrútalo mucho.

Capítulo 1

**¿Qué son las
piezas sueltas?**

La teoría de piezas sueltas

El concepto de piezas sueltas que os explico en este libro viene de hace unos cincuenta años, cuando el artista y profesor universitario Simon Nicholson publica su «teoría de piezas sueltas» en una revista de arquitectura, en un artículo titulado «Cómo NO engañar a los niños». El texto es tan increíblemente innovador y visionario que parece mentira que lleve más de medio siglo prácticamente en la sombra...

Supongo que Nicholson llega en parte a estas conclusiones a través de su propia experiencia como niño: proviene de una familia de artistas consagrados (el pintor Ben Nicholson y la escultora Barbara Hepworth), en su hogar el entorno creativo es extremadamente rico en posibilidades, materiales y libertad; para más inri, uno de los juegos favoritos de la familia es «crear juntos». Con los años, esta idea se va cimentando en su mente, al conocer las pedagogías constructivistas y el movimiento de «aprendizaje por descubrimiento» de los años sesenta, desarrollado Bruner y sostenido por las teorías de Piaget, Papert y Dewey. Todos estos personajes tienen en común una visión revolucionaria de la infancia y de cómo aprendemos mejor de forma activa, a través de la práctica autónoma, siendo esta motivada por la manipulación de elementos que permitan investigar, descubrir y solucionar problemas. Justamente temas que la neurociencia de hoy está empezando a probar como esenciales para el aprendizaje.

Unas... «cositas de nada», que cien años más tarde empiezan a salir a la luz del mundo no-pedagógico y de las que nos empezamos a dar cuenta y a preguntar «¿Y cómo es que no se hace esto así ya?!». Pero no os quiero marear con datos históricos, quien tenga más interés, ya sabe por dónde tirar del hilo. Seguimos.

La teoría de piezas sueltas nos habla de cómo todos somos potencialmente creativos pero el sistema no solamente no nos ha permitido desarrollar esta creatividad sino que nos ha repetido como un mantra que no tenemos talento, hasta que nos lo hemos creído y lo hemos dado por perdido.

Os dejo una traducción del comienzo de la teoría:

La creatividad es un talento del que solo unos pocos están dotados: el resto de nosotros está abocado a vivir en ambientes contruados por esos privilegiados que crean, a escuchar su música, usar sus inventos y arte, a leer sus poemas, fantasías y obras de teatro.

Nuestra cultura y nuestra educación nos condicionan a creer que eso es así, se trata de una mentira inducida y perpetuada culturalmente.

Basándose en esta mentira, la élite cultural dominante nos dice que la planificación, el diseño y la construcción de cualquier parte del entorno es tan difícil y especial que solamente esos pocos dotados –aquellos que tienen títulos y certificados en organización, ingeniería, arquitectura, arte, educación, psicología conductista, etcétera– pueden resolver de verdad los problemas del entorno.

Como resultado de ello, a la gran mayoría de la gente no le está permitido (y lo que es peor, se siente absolutamente incompetente para ello) experimentar con elementos para crear y construir, ya sea en estudios sobre los entornos, las artes abstractas, la literatura o la ciencia. La creatividad, es decir, el jugar con los componentes y variables del mundo para experimentar y descubrir cosas nuevas y formar nuevos conceptos, ha sido explícitamente declarada dominio propio de la minoría creativa, dejando al resto de la comunidad privada de una parte crucial de sus vidas y sus estilos de vida. Esto es particularmente obvio para los niños pequeños, quienes encuentran el mundo increíblemente restrictivo, un mundo donde no pueden jugar con materiales para construir y crear, ni jugar con fluidos, agua, fuego u objetos vivientes, ni ninguna de las cosas que satisfacen la curiosidad de uno y nos proporcionan el placer del descubrimiento y la invención. Experimentos alternativos como el *People's Park*, en Berkeley, han sido destrozados y aplastados por las autoridades públicas.

Los hechos son los siguientes:

1. No se he demostrado, excepto en casos especiales de discapacidad mental, que unos bebés nazcan creativos y otros no.
2. Sí que se ha demostrado que a todos los bebés les gusta interactuar con variables, como materiales y formas; olores y otros fenómenos físicos, como la electricidad, el magnetismo y la gravedad; con medios como gases y fluidos; sonidos, música, movimiento, reacciones químicas, cocina y fuego, y con otros humanos, animales, plantas, palabras, conceptos e ideas. A todos los niños les encanta jugar, experimentar, descubrir, inventar y pasárselo bien con estas cosas. Todos estos elementos tienen una sola cosa en común, que son las variables o «piezas sueltas». La teoría de piezas sueltas dice, de forma muy simple, lo siguiente:

«En cualquier entorno, tanto el grado de inventiva y creatividad como la posibilidad de descubrimiento, son directamente proporcionales al número y tipo de variables que haya».

Al margen, os recuerdo que, como dice Ken Robinson, el sistema educativo actual se basa en ideologías de la época de la revolución industrial (hace casi dos siglos), donde se ofrecía por primera vez en la historia una escolarización para todos. Mayores oportunidades laborales,

salir del analfabetismo, posibilidades de ascender socialmente... A cambio, claro, de dejarse moldear para encajar en el engranaje de una fábrica y no dar demasiados problemas. Renunciando con ello a la creatividad y a lo que nos hace únicos. ¿Os van encajando las «piezas»?

A lo largo de la teoría de piezas sueltas, Nicholson nos va planteando y desarrollando la hipótesis de que si tuviéramos las herramientas adecuadas, todos seríamos creativos, no solo esos pocos privilegiados. Define creatividad como cualquier disciplina que nos permita diseñar y cambiar todos los elementos de la sociedad y de nuestras vidas. ¡Y aquí es exactamente donde se vuelve un texto magistral! Porque el concepto de «pieza suelta» de juego que teníamos en mente se extrapola a todo lo material o inmaterial que nos rodea. Nos habla de nuestra sociedad y nuestros usos y costumbres como variantes fluidas con las que se puede jugar hasta encontrar la solución. Nos habla de comunidades utópicas donde todo el mundo está implicado de forma natural en la búsqueda del bien común, donde todo lo que se crea o fabrica tiene unas implicaciones y consecuencias de las que todos somos conscientes.

Es un poco el cuento de la lechera, sí, pero... ¿acaso no está pasando ya?, ¿acaso no estamos cambiando desde abajo la forma en que trabajamos para poder conciliar, la forma en que consumimos para que no se nos envenene con químicos, la forma en que criamos a nuestros hijos para que no sean esclavos del sistema? Quizás no sea tan utópico después de todo.

Nicholson simplemente nos dice: «Ahí está la caja de herramientas, buscaos la vida». De paso, nos recuerda que quienes vienen con el cableado de la creatividad intacto, quienes son capaces de mostrarnos por dónde es el camino (si no los engañamos), quienes no entienden la vida sin jugar, quienes son capaces de cambiar la realidad como si fuera un juego son los niños. Y, permitiendo a nuestros niños acceder a las *variables*, se da una evolución natural directa desde este juego creativo con «palos y piedras» hasta la construcción de ciudades enteras.

«La vida debe ser vivida como si fuera un juego.»

Platón

Ingredientes de la creatividad

Me gusta pensar en las piezas sueltas como ingredientes, materias primas con las que crear todo tipo de cosas complejas partiendo de elementos muy muy básicos. La analogía con el alimento me parece especialmente buena porque todos la entendemos; todos comemos varias veces al día. El juego, al igual que la alimentación, es una experiencia altamente sensorial, de ámbito universal y con un espectro de acción inmenso: puede abarcar desde la simplicidad más humilde de una necesidad básica para la supervivencia hasta la obra de arte más sublime sin dejar de ser «simplemente» comida. Todo depende de los ojos con los que se mire, de lo entrenados que tengamos los sentidos para percibir detalles y sutilezas.

Ver las piezas sueltas bajo la perspectiva del ingrediente de cocina me es especialmente útil para explicaros de forma sencilla la magia que tiene lugar al jugar con las mismas. Fijaos cómo cocinamos porque está muy relacionado: la mayoría de los mortales seguimos al pie de la letra una receta de cocina y, cuando ya la controlamos, a veces nos permitimos experimentar con pequeñas variantes. Muchos de nosotros además nos atrevemos a saltarnos pasos e improvisar sobre la receta tradicional, incluso a cocinar «de oído», siguiendo unas pautas básicas del manejo de los ingredientes. En la esfera más profesional, los grandes cocineros inventan platos de cero y algunos incluso se cuestionan las bases de la cocina, experimentando y revolucionando las tradiciones al encontrar técnicas innovadoras de procesar los mismos ingredientes de siempre, cambiando por completo los cimientos sobre los que se crean las recetas.

¿Cuántas recetas se pueden hacer con trigo? ¿Y con patata? Todavía podemos ir más allá y descontextualizar estos ingredientes: ¿cuántas cosas que no sean para comer podemos hacer con trigo o patata?, ¿podríamos hacer, por ejemplo, ropa con patatas? Con las piezas sueltas pasa lo mismo: hay algunas piezas que son como el trigo y la patata, abundantes, básicas, que valen para todo y se utilizan a menudo, y hay otras piezas más especializadas como sería el ajo, que son muy versátiles pero que normalmente se añaden en pequeñas cantidades, dan un acento de sabor y no siempre encajan.

Cocinar podría interpretarse como crear estructura (platos) a partir de elementos no estructurados (ingredientes) y la diferencia entre seguir los pasos de una receta o inventársela sería que a partir de elementos no

estructurados creamos estructuras nuevas o simplemente reproducimos las que conocemos. Seguir instrucciones es cómodo, pero la satisfacción de crear algo tuyo, único e irrepetible es simplemente indescriptible. La experiencia cambia completamente. Ir de lo abstracto a lo concreto es la esencia de la creación, exactamente igual que sucede en el juego. La famosa frase de Picasso «Todos los niños nacen artistas. El problema es cómo seguir siendo artistas al crecer» expresa perfectamente esta idea. Ellos pueden transitar de lo abstracto y simbólico a lo concreto y material sin ningún obstáculo.

Salir y entrar en la estructura es una habilidad que tenemos de niños pero se pierde al crecer. Vamos a verlo desde otro campo: el mundo en que vivimos está conformado por una serie de normas de convivencia y de costumbres muy arraigadas a todos los niveles (estructuras), pero, en el momento en el que cambiamos de país, vemos que hay gente que vive de formas completamente diferentes y no les va nada mal... Algunas normas son inherentes a la raza humana y, de momento, no se pueden cambiar, como la necesidad de respirar o la de alimentarnos, pero hay millones de formas de entender un mismo acontecimiento a lo largo de la historia de la Humanidad. Salir de la estructura sería como viajar por el mundo y permitirse observar y experimentar otras formas no-tradicionales de hacer las cosas, sabiendo que siempre, siempre, se puede volver a casa.

La filosofía de las piezas sueltas nos enseña, desde niños, a confiar en que podemos crear por intuición (no solo alimento sino cualquier cosa) con prácticamente cualquier ingrediente que tengamos a mano. Y nos ayuda a mantener activa esta habilidad a medida que nos hacemos mayores. Al no ser estructurado, no estar guiado y no tener reglas fijas, es un juego extremadamente versátil y abierto, que deja un espacio infinito para la creatividad. Las piezas sueltas nos aportan la flexibilidad mental que necesitamos para sentirnos autosuficientes y creativos.

Puedo poner millones de ejemplos, pero quizás el más clarificador sea el del bebé. Si observamos a un bebé jugar, enseguida nos daremos cuenta de que aún no piensa como los adultos. No clasifica, no filtra, no juzga. Cuando aparece algo que no conoce, lo explora, lo mira, lo lanza, lo agita, lo saborea, lo hace rodar... no tiene ni idea de qué es pero lo prueba instintivamente con todos los sentidos. Cuantas menos pistas dé el objeto (cuanto menos estructurado sea), mejor, más intrigante. Experimenta sin ningún tipo de miedo hasta que encuentra un uso que le gusta, que puede o no coincidir con el uso original, y lo repite hasta que lo interioriza, creando un vocabulario de habilidades propio. Esta capacidad crece con el



bebé y con su evolución motora y cognitiva. Un día, alguien le empieza a insistir en que las llaves «no son para jugar», se lo repite tanto que al final el bebé no se vuelve a plantear hacer nada distinto con ellas... Años más tarde, tras pasar por infinitas experiencias como esta cada vez que intenta hacer algo distinto a la norma, quizás se convierta en un adulto que siga esperando a que los demás le digan cómo se usan las cosas. Puede que llegue a convertirse en un buscador de «recetas mágicas» para conseguir lo que desea en la vida, pero que sea incapaz de crear su propio destino.

Estoy convencida de que con las piezas sueltas podemos alargar este proceso natural de aprendizaje basado en la curiosidad y la investigación, nutrirlo y apoyarlo para que no se pierda esta creatividad innata al crecer. Las piezas sueltas son tan versátiles que nos ofrecen la posibilidad de trabajar a cualquier nivel y escala, co-crear nuestros propios materiales didácticos con los niños y trabajar sobre cualquier concepto de forma interactiva y experiencial. Permiten que los niños piensen por sí mismos y lleguen a sus propias conclusiones de manera orgánica. Como decía Nicholson: «Todos somos creativos si nos dan las herramientas para jugar a ello».

Rescatar o proteger estas habilidades de la infancia es una tarea que comienza en casa, pero a la larga necesitamos, volviendo a parafrasear a Nicholson, la implicación de toda la comunidad para que pueda llevarse a cabo de forma integral. Es un cambio de paradigma que no solamente afecta a la infancia, sino a la forma en la que todos nosotros nos relacionamos con nuestros niños interiores.

«Yo solo he comprendido de verdad las cosas complejas “jugándolas”.»

André Stern

La casita

DIFERENCIAR ESTRUCTURADO DE NO-ESTRUCTURADO

Con este ejemplo, podemos empezar a entender la importancia de ofrecer piezas sueltas para el juego y la diferencia entre los procesos que se llevan a cabo con juguetes (estructurados) y los materiales que favorecen el juego no-estructurado.

Tenemos una casita de juguete (o un barco, un juego de construcciones, un circuito de coches...) de plástico, típica de catálogo navideño, muy llamativa, con muchos colores brillantes, todos los muebles fijos en la estructura, con unas cuantas funciones preestablecidas (como luz y timbre) y personajes de la última película de Disney, por decir algo. Se juega y se vuelve a guardar en su caja y en la estantería tal cual.

Por otro lado, tenemos una caja de cartón donde un día surge añadir unas piezas de madera, cartón y plástico para hacer de muebles. Como engancha bastante, se nos ocurre añadir un segundo piso y poner ventanas. Buscar los materiales por casa, diseñar unas escaleras y ajustar la arquitectura constituyen ya una parte importante del juego: los niños siguen el proceso con asombro e ilusión (dependiendo de su edad son más o menos dependientes de la guía y la supervisión del adulto). Sacamos herramientas para cortar y pegar las nuevas partes, hablamos sobre la seguridad con las tijeras y que hay que tener cuidado para no pegarse los dedos. Ahora quieren pintarla y sacamos las pinturas, hay que tener un poco de paciencia y esperar a que sequen para volver a colocar todo, pero podemos aprovechar ese tiempo de espera para buscar habitantes para la casita. Traen unos personajes neutros que caracterizamos y surge una historia que se crea sobre la marcha, que quizás tenga que ver con alguna

experiencia reciente. Durante el proceso se discute el hacer un jardín con piscina, un garaje y carreteras, etcétera. Llega un momento en que se mueren de ganas de jugar con lo que han hecho y el «hacer» pierde interés; entonces, me alejo y los dejo jugar... Al acabar se puede guardar la casita tal cual para continuar su transformación otro día o puede desmontarse para volver a ser una caja que se guardará junto a las demás piezas sueltas.

La casita de plástico será siempre «esa casita», inmutable, y los personajes del juego cumplirán casi siempre el mismo rol: el papel impuesto desde el exterior, su personaje en la película. Puede que incluso los niños solamente se sientan autorizados a jugar con ella tal y como han visto en la pantalla. Quizás, los niños intenten jugar de una forma más libre con ella y encuentren la forma de sortear los obstáculos para adaptarla excepcionalmente (si nadie les riñe por estropearla), aunque no suele ser lo normal.

Sin embargo, en la casita de cartón, los elementos siempre pueden moverse, transformarse, desmontarse y ser cualquier otra cosa en cualquier momento, adaptándose así a la edad y evolucionando junto a los intereses de sus creadores. Cada técnica que surge de esta construcción se aprende mediante la práctica y se interioriza, sirviendo de herramienta para futuros procesos, facilitando la autonomía y dando pie a tratar temas complejos (por ejemplo, por qué no se sostiene la escalera y cómo arreglarlo) que nunca habrían tenido lugar en el juego con la casita de plástico.

Yo no os estoy diciendo que muchos niños no vayan a preferir la casita de plástico: por supuesto, la multimillonaria industria del juguete cuenta con armas poderosísimas y cada detalle está estudiado al máximo a todos los niveles para captar su atención hipnóticamente desde el primer segundo, pero es muy necesario que entendamos por qué tenemos que seguir defendiendo la casita de cartón y facilitando el juego con piezas sueltas. La casita de cartón tiene un secreto: es un espejo mágico. Los va a llevar por mil y un lugares que no salen en ninguna pantalla, les va a desvelar todo cuanto necesitan saber en ese momento, les va a aportar unas experiencias de creación y autosuficiencia completamente adictivas. Y habla en un lenguaje que a muchos de nosotros se nos ha olvidado: todos los niños vienen preparados para aprender lo que necesitan saber del mundo jugando con objetos cotidianos.

Sostenibilidad y ecología del juego

Un tema que quiero comentaros desde el principio es que, a raíz de esta apertura de mente con el material que nos traen de la mano las piezas sueltas, se nos plantea la interesantísima posibilidad de re-inventar el juego desde un ángulo más respetuoso y responsable con el medioambiente. La reutilización creativa y la selección de materiales reciclados, naturales y sostenibles nos permite crear una colección de piezas sueltas de km 0, única y llena de tesoros, por muy muy poco dinero. La única inversión necesaria, en muchos casos, será la de pasar tiempo de calidad junto a nuestros niños, buscando, inventando y preparando materiales.

Si lo pensamos bien, los mejores juguetes que existen son efímeros y biodegradables: forman parte del ciclo de regeneración continua de la naturaleza. Palos, piedras, hojas, semillas, arena, agua... En cierta forma, seguimos conectados con el juego de una forma muy ancestral, es parte de nosotros. Nada más hay que ofrecerle a un niño un recipiente con agua para comprobar la poderosísima fascinación que ejerce. Pasear por un entorno natural recogiendo piedras u observando la fauna es una forma de *resetearnos* y reconectar con nuestros orígenes. Esta experiencia tan sencilla, además, se puede exprimir al máximo si nos inspiramos en la centenaria práctica budista y sintoísta de presencia que los japoneses llaman *shinrin-yoku*, «baños de bosque», la cual está inspirando numerosos estudios científicos con resultados sorprendentes.

Tristemente, nuestros entornos urbanos cada vez nos absorben más y es un hecho que la infancia sufre un déficit crónico de naturaleza que empieza a pasar factura. Nos hemos desconectado por completo de la naturaleza y de sus ciclos, sus seres, sus procesos... En el libro *Los últimos niños en el bosque*, Richard Louv nos cuenta que gran parte de los problemas que experimentan los niños de nuestro tiempo como el déficit de atención, la hiperactividad y las depresiones se deben a que no pasan suficiente tiempo jugando libres en entornos naturales. Es inquietante leer que muchos niños (el estudio se hizo en Estados Unidos) pasan menos tiempo al aire libre que los presos de cárceles de máxima seguridad. Louv es además un fiel defensor del juego con piezas sueltas en la naturaleza, donde, asegura, «cuanto más nos alejamos de las zonas civilizadas y vamos a bosques, prados y arroyos, las piezas sueltas se hacen más sueltas e incluso más potentes para la imaginación».



Como respuesta a esta situación, cada vez ganan más presencia en el mundo las corrientes educativas que se fijan en la importancia del contacto cotidiano con la naturaleza, dando mucha importancia al juego libre y al aprendizaje vivencial intrínsecamente motivado. En estas pedagogías, las piezas sueltas de la naturaleza suelen ser elementos esenciales de la escena diaria. Por ejemplo, están las «escuelas bosque» típicas del norte de Europa y las escuelas Reggio Emilia de Italia con su filosofía del «ambiente como tercer maestro» que intentan borrar las fronteras entre exterior e interior, multiplicando así las posibilidades de ambos lugares.

Pero hay otra forma aún más sencilla, cotidiana y adaptada a nuestro tiempo de reconectar con el medio y crear conciencia de unidad con el planeta y es a través del rescate de elementos que ya nadie quiere para el juego. Vivimos en la abundancia más exuberante y no lo vemos; creemos que todo es basura. Nos comen los desechos porque no somos capaces de gestionarlos. Nos engañamos continuamente creyendo que por quitarlos de nuestra vista y llevarlos al contenedor amarillo el problema se acaba, pero la realidad es que estamos expoliando nuestro planeta, nuestro hogar, para luego llenarlo de basura sin piedad y solamente una pequeñísima parte se acaba reciclando.

Las piezas sueltas son una herramienta fantástica para crear una conciencia viva sobre el valor del material y sus infinitas posibilidades. Quizás una vía hacia la sostenibilidad de nuestro estilo de vida consista en aprender a mirar con otros ojos unos tapones de plástico o unos tetrabriks de leche; verlos como los verdaderos tesoros de abundancia que son... Durante los próximos capítulos, os iré mostrando cómo elementos de descarte que normalmente pasamos por alto son unos detonantes de la creatividad excelentes. Además, al no costar dinero, parece que nos cueste menos dejar a los niños mayor libertad para experimentar con ellos y destriparlos si quieren.

Si os apetece saber más sobre este tema, podéis revisar e inspiraros en el increíble trabajo de Arvind Gupta, un inventor que utiliza basura para crear y enseñar a los niños de India a hacer sus propios juguetes, mientras estos aprenden de forma práctica principios básicos de ciencia y diseño. Su página web está llena de experimentos para hacer en casa con materiales baratísimos.

Por otro lado, me parece imprescindible hablaros de la organización REMIDA, pionera en el concepto de reciclaje creativo. Aunque está asociada desde sus comienzos, en 1996, a la filosofía del artista y

pedagogo Loris Malaguzzi y sus escuelas en Reggio Emilia, se ha convertido en un icono en sí misma y cada vez cuenta con más centros en el mundo. Ellos mismos se definen como «un proyecto cultural para la sostenibilidad, la creatividad y la investigación de materiales de descarte». Recopilan, preparan, catalogan e investigan donaciones de materiales que reciben de todo tipo de industrias, comercios o artesanos; sean estos recortes, descartes, errores de producción, excedentes o restos de serie que de otra forma irían directos a la basura. Esta cantidad de residuos se almacena de una forma estéticamente bella en un lugar donde van los maestros de las escuelas infantiles de Reggio Emilia a buscar inspiración para incluir nuevos materiales en sus talleres de creatividad o *atelier*, de los que os hablo en la página 93. Los profesionales de REMIDA no solamente aconsejan a los *atelieristas* sino que los forman en las posibilidades de los nuevos materiales y sus posibilidades para facilitarles la tarea. REMIDA es, en definitiva, un enorme supermercado de piezas sueltas lleno de tesoros que buscan alguien que quiera jugar con ellos.

Cambiando un poco la perspectiva, veremos que estamos literalmente rodeados de piezas sueltas y que solamente el hecho de conseguirlas es toda una aventura. ¿Os venís?

«Pobre no es el que tiene poco, sino el que mucho desea.»

Séneca

¿Qué tal? Esperamos que te esté gustando. Te dejamos ahora con algunas páginas sueltas para que veas que también hay un montón de fotos, que justo el primer capítulo no tiene casi. Ya verás que buena pinta tienen. ;)



Naturaleza muerta

Paradójicamente, la naturaleza nunca está muerta. Nos enseña que todo es cíclico, que está en cambio constante y que tiene sus propios tiempos. Las hojas, por ejemplo, son un elemento completamente diferente cuando nacen, crecen, amarillean, caen del árbol, se secan y se descomponen, ofreciendo otro tipo de posibilidades en cada una de estas etapas. Aunque se haya desprendido de su ser de origen, todo sigue teniendo una función: sirven de alimento a otras especies, ayudan a retener agua para las raíces o se descomponen para nutrir a la nueva vegetación... Las lecciones que traen estos elementos son imprescindibles para comprender las grandes preguntas de la vida desde la infancia. La experiencia de encontrar estos pequeños tesoros en medio del caos que es la naturaleza es una sensación indescriptible.

Conchas, caracolas de playa, un caracol, un nido con huevos, arena, ramas, madera erosionada por el mar, cortezas de árboles, hojas en todo tipo de estados de descomposición, flores secas, espigas, semillas, líquenes, musgos, frutos secos, piñas, arena de diferentes suelos, gravilla y piedras.

Terráqueos
AGUA – TIERRA – PIEZAS
SUELTAS DE LA NATURALEZA –
ACCESORIOS



La ciudad de plástico
VASOS DE PLÁSTICO



XXL
CARTÓN – MADERA – METAL –
PLÁSTICO – TEXTIL



Pues nada, ahora sí, hasta aquí el
adelanto. Esperamos que te haya
gustado.

**LIT-
ERA**